Año 1951

50.

La Vanguardia 18 mayo

(5)

«Escucha, Dios...»

También fué éste un soldado desconocido. Identificado allá, en la mente del Señor, donde tienen escritos sus nombres tanto los que reposan bajo los mausoleos como los que yacen, anónimamente, sin honores, sin funerarias coronas, sin fanfarrias en los inabarcables cementerios del Verdún y del Somme, y en los profundos mares. Se supo, y eso por la tela del uniforme, que pertenecía al Ejército norteamericano. Y es todo lo que se supo. Inútil buscar otros datos de mayor precisión sobre él. «Los Estados Unidos son potentes y grandes». Uno cualquiera de sus 150 millones de habitantes, de Ohío o de Texas, de Florida o de New México, se encontraba al filo de la madrugada a la espera de una orden de ataque, próxima a su fin la guerra pero en sazón todavía de morir, como el doncel de Sigüenza. Frente por frente el enemigo con sus ametralladoras y sus cañones y sus fortines. Mientras la orden no llegaba, el soldado escribía, abstraído, con su estilográfica último modelo, sobre un papel robado acaso a la carta anhelada por la madre o por la novia. Pero él perseguía más altas comunicaciones. Entre el zumbido de las balas y el estrépito de las bombas había visto dibujarse la noche anterior, desde el foso que abrió una de ellas, la figura de Dios bajo los cielos. No presagiaba ese encuentro, ciertamente, y menos en aquel minuto. Pero fué tan luminoso y tuvo tal elocuencia, que no necesitó de más. Se le desprendieron del corazón el escepticismo y la frialdad y escribió, como profesión de fe, unos versos tan sencillos, tan ingenuos y tan patéticos, que yo no he podido menos de leerlos conmovido.

Buena cosa es la contemplación del cielo estrellado para esa suerte de conversiones. Si la religión es la ley, la astronomía es su reglamento. A Fray Luis de León una voz fervorosa y apasionada le subía por las venas cuando, desde su rincón de Salamanca, «en sombras sepultado», miraba el cielo diamantino con su boscaje de luciérnagas y de astros centelleantes. «Morada de grandeza — templo de caridad y hermosura —. El alma que a tu alteza — nació, ¿qué desventura — la tiene en esta cárcel, baja, ~~oscura?~~»... escura?...?

No ganó tan lírico vuelo la voz del anónimo soldado, pero quienes lean sus versos, aun mediocremente traducidos por el argentino Américo Szilky, que yo transcribo de la revista «Nubis», sentirán — seguro estoy — una emoción muy honda.

Escucha, Dios: Yo nunca hablé contigo.
Hoy quiero saludarte, ¿cómo estás?
Tú sabes... Me decían que no existes,
Y yo, tonto de mí, creí que era verdad.

Yo nunca había mirado tu gran obra.
Yo anoche, desde el cráter que cavó una granada,
Vi tu cielo estrellado
Y comprendí que había sido engañado.

Yo no sé si tú, Dios, estrecharás mi mano.
Pero voy a explicarte y me comprenderás.
Es bien curioso: en este terrible infierno
He encontrado la luz para mirar tu faz.
Después de esto, mucho que decirte no tengo...
Tan sólo que me alegro de haberte conocido.

Pasada media noche habrá ofensiva,
Pero no temo, sé que tú vigilas.

La señal... Bueno, Dios, ya tengo que irme.
Me encariñé contigo. Aun quería decirte
Que, como sabes tú, habrá lucha cruenta
Y quizá esta noche aun llamaré a tu puerta.

Aunque no fuimos nunca amigos,
¿Me dejarás entrar si hasta ti llego?
Se me ocurre que yo, no soy impío.
Bueno, Dios, debo irme, buena suerte.
Es raro, pero ahora, ya no temo a la muerte.

Vino la muerte, que ya no temía. Una granada lo deshizo. Sólo respetó, en sus bolsillos, acaso el único poema que ~~jamás escribiera~~ escrito. ¡Qué singular acento el de su misticismo...! Boy americano había hallado a Dios, sin protocolo, sin darle tratamiento, en un tono admical, como a un camarada, ~~pidiéndole~~ excusas, por no haberle reconocido antes. Su unción estaba fabricada de simpatía y de infantil asombro. ¿Tal vez Dios se había resentido de su frialdad anterior? ¿Iría a reprochárselo o a castigarle? Ah, no, qué absurdo... Y he aquí que apenas firmadas tiernamente las desiguales paces, el boy americano se queda sin palabras. Ya no sabe qué decir. Menos mal que suena la señal del ataque. No hay otro remedio que cortar. Se marcha apresurado. «Bueno, Dios. tengo que irme...» La conversación rota, apenas empezada. ¡Qué fastidio! Pero Dios, aunque él no lo sabía, le aguardaba tras el fragor de la batalla. De pronto, alguien, por su mandato, pulsó la más brillante de las estrellas, que era un secreto resorte y el cielo entero se abrió girando, lentamente, sobre sus goznes. Allí estaba Dios en su trono, rodeado de sus ángeles y de sus santos. El boy americano tembló. ¿Y era a El a quien se había dirigido sin ceremonia, como a un compañero de colegio?... «Escucha, Dios, hoy quiero saludarte... ¿How are you...?» ¡Qué espantosa equivocación! Pero, Dios, contra lo que el pobre boy pudiera temer, salía a su encuentro y a través de los celestiales coros, el maravilloso soldadito oía su paternal voz resonándole en el alma: — Bien. ¿Y tú, hijo mío?...

Joaquín CALVO SOTELO